

En esta primera lectura nos ayudará para nuestra reflexión cristiana en estos momentos el testimonio personal de un cristiano de hoy día, el de un dominico francés, antiguo profesor de teología, desde hace años guardando un silencio impuesto.

Para él, la Iglesia, los cristianos, nos hemos quedado instalados en esta vertiente de la montaña: después de siglos y siglos seguimos repitiendo las mismas soluciones y respuestas...

Pero muchos hombres y mujeres viven ya al otro lado de la cordillera, en la otra vertiente, la única que muchos conocen y conocerán, con nuevos horizontes, nuevas perspectivas... Y es en esta vertiente donde hoy vive el Señor resucitado.

Es necesario que comencemos a vivir ya fragmentariamente las diversas experiencias sobre la muerte: ignoramos todavía cuál será la nueva concepción y cuál será la nueva manera de relacionar la vida y la muerte. Sólo sabemos que será muy diferente de cómo hoy lo hacemos.

Sobre todo porque la muerte -esta realidad tan antigua y tan corriente- es un tema que no dominamos.

Me agarro obstinadamente a todo aquello que forma parte de mi mundo:

- de este mundo en el cual intento ser cristiano, en el cual busco escuchar el Dios de Jesucristo, en el cual intento dejar actuar su Espíritu;
- de este mundo en el cual intento escuchar la muerte, escuchar los murmullos del flujo y reflujo que mantiene incesantemente con la vida;
- de este mundo en el cual yo tengo miedo de la muerte, en el cual intento no dejarme seducir por este miedo.

Mientras escribo todo esto, llega a esta casa que desde hace años me acoge fraternalmente, una amiga mía, casi de mi misma edad. Su marido acaba de morir de cáncer después de dos años de enfermedad. Ella es psicoanalista, sé que fue profunda y místicamente creyente; creo que ahora ya no lo es. Pero sé también que se interesa por mi búsqueda de Dios y por mi manera de creer.

Es alta, rubia, hermosa, sana, viva. Viva y, a la vez, herida de muerte: su pena, serena y digna, surge a través de sus labios; le sale por la punta de los dedos; penetra dentro de sus ojos. La tiene en lo profundo de su corazón, en el interior de su vientre.

La admiro, la respeto. Tengo un poco de miedo por ella. Sabe que paso todo el día escribiendo: no me atrevo a decirle que es sobre la muerte, ni mucho menos a dejarle estas hojas. ¿Quién soy yo para hablarle de la muerte? Intento estar a su lado, estar cerca y escuchar...

Intento no buscar a dominar la muerte, intento hacer silencio. Intento escuchar la muerte, respetarla...

* * *

En esta misma casa, hace ya seis años, se acabó una mujer de noventa y un años. En un año, progresivamente, llegó a ser ciega, medio sorda, más tarde inválida e incontinente. Cada tarde al atardecer, le decía con voz fuerte y grave el "*Padre Nuestro*" que ella había tenido la costumbre de rezar todos los días. Una tarde, un resplandor pasó sobre su rostro, intentó articular algunas palabras para decir conmigo esta oración enraizada en lo más profundo de su larga memoria. Sólo pudo emitir unos sonidos sin

sentido, después se paró, como si toda ella se acabara de romper. Después, sólo hubo una mano buscando a tientas otra mano y agarrándose a ella.

Algunos días más tarde se acababa. Como una candela.

Le celebramos la misa; la enterramos en su grande y digna capa negra, con su crucifijo.

* * *

Tres años más tarde era Nadia quien estaba aquí, en esta misma casa. Aprovechaba un tiempo de bonanza de su cáncer, que ella y todos sabíamos que era mortal sin remedio. Todavía era bella, morena, vivaz. "*Es la primera vez en muchos meses -me dijo- que me despierto sin decirme inmediatamente que tengo un cáncer*".

Teniendo la muerte en ella, con la muerte que ella llevaba sobre sí, me decía: "*Es con tu Dios que yo quiero morir*", ella que sabía que yo no creía en su resurrección.

Tres meses más tarde moría con mi Dios.

Jacques Pohier

Dieu fractures

Pag 177-180 (resumen)